LAS CRÓNICAS DE ABSURDISTÁN · VOLUMEN 4

¡LENA Y LA IMPRESORA DE LA PERDICIÓN!

DOCE CAPÍTULOS. SIN CONEXIÓN.



Basada en un hecho real completamente ficticio.

LAS CRÓNICAS DE ABSURDISTÁN · VOLUMEN 4

¡Lena y la impresora de la perdición!

DOCE CAPÍTULOS. SIN CONEXIÓN.

Para todos esos lugares que supuestamente están aquí al lado.

Una historia de Goldhain y de las posibilidades cercanas.

Basada en un hecho real completamente ficticio.

Prólogo - Desembalaje



La impresora llegó en una caja que decía SOLO HAY QUE ENCHUFARLA. Lena desconfiaba de las frases completas que no necesitaban una nota al pie.

Colocó el aparato sobre el escritorio, se subió las gafas redondas y comparó el contenido con el dibujo del embalaje. Una impresora. Tres cables. Dos cartuchos. Un manual tan delgado que podía ser una demostración de claridad excepcional o de cobardía.

Lena solo necesitaba el aparato para una página. En ella había una lista de la compra para la velada en el piso compartido: leche, cacao, pan, queso, tomates y esas galletas de chocolate que Mina nunca pedía de manera oficial, pero cuya ausencia echaba de menos con una frialdad diplomática.

La lista se podía copiar con un bolígrafo. Lena lo sabía. El bolígrafo estaba junto al portátil.

Pero la impresora era nueva, y toda tecnología nueva merecía una instalación correcta. Además, la caja aseguraba que solo llevaría cinco minutos.

Eran las seis y siete de la tarde.

Lena abrió el manual. La página uno remitía a la página siete. La página siete afirmaba no existir. Debajo de un dibujo que podía ser un cable o una serpiente muy delgada, decía: Conecte el aparato de la forma habitual.

«Naturalmente», dijo Lena.

La impresora guardó silencio. Su frontal negro y brillante reflejaba la flor que Lena llevaba en el pelo. Parecía inofensiva.

A las seis y ocho comenzó el asedio.

I. El cable

Había tres tomas y cuatro cables. Uno encajaba en todas partes, pero no funcionaba en ninguna. Otro era tan corto que solo podía unir el enchufe y la impresora si ambos estaban dispuestos a renunciar a sus límites personales. El tercero tenía en un extremo una forma que no aparecía en el manual. El cuarto, como Lena descubrió después de diez minutos, pertenecía a la lámpara de escritorio.

Se arrodilló bajo la mesa y siguió cada cable con el cuidado de una exploradora de cavernas. La habitación sobre ella permanecía en silencio. De vez en cuando crujía el plástico mientras el aparato se acostumbraba al nuevo entorno.

Lena conectó el cable de alimentación.

No ocurrió nada.

Le dio la vuelta al enchufe. No ocurrió nada, algo técnicamente previsible que aun así parecía una negativa personal.

Probó la toma con la lámpara. La lámpara se encendió. Comprobó el cable con un medidor. El cable conducía la corriente. Pulsó el botón de encendido brevemente, durante mucho tiempo y con ese grado intermedio de determinación que a los fabricantes les gusta dar por supuesto, aunque nunca lo describen.

Al tercer intento, la pantalla despertó.

Una barra azul avanzó de izquierda a derecha. Después volvió a avanzar de izquierda a derecha. Luego se detuvo en el noventa y nueve por ciento.

Lena esperó. Se le daba bien esperar cuando la espera formaba parte de un proceso comprensible.

Cuatro minutos más tarde apareció un mensaje: ESPERE, POR FAVOR.

«Ya lo estoy haciendo».

La impresora pareció satisfecha y volvió a empezar.

II. El idioma

La pantalla pidió que eligiera un idioma. Lena seleccionó alemán.

La impresora respondió en finés.

Lena retrocedió un paso. Conocía suficientes términos técnicos para sospechar que Peruuta no era un saludo. Abrió de nuevo el menú de idiomas. Cada vez que acercaba el dedo, la lista saltaba una línea. El alemán daba paso al danés, el danés al estonio y el estonio a un idioma compuesto únicamente por pequeños cuadrados.

Lena apagó el aparato.

Siguió mostrando texto en finés.

Desenchufó el cable de alimentación.

La pantalla permaneció encendida.

En circunstancias normales, ese habría sido el momento en el que una persona levantaba la voz. Lena se volvió más silenciosa. Dejó su cuaderno junto a la impresora y escribió: Carga residual o batería. Ajuste de idioma volátil. Respuesta retardada del aparato.

La impresora traqueteó.

Una hoja se deslizó hasta la bandeja de salida.

Lena miró la bandeja de papel vacía y después la hoja. En ella aparecía impresa, con pulcras letras negras, exactamente la frase que acababa de anotar.

La levantó por dos esquinas. «No estás conectada».

La pantalla cambió al alemán.

SIN PAPEL, anunció.

Lena miró la hoja que tenía entre las manos.

«Empezaremos de nuevo».

III. La red invisible

Según el manual, la configuración por cable solo estaba pensada para personas que no disponían de «un entorno de red moderno». Lena consideró que la frase juzgaba demasiado y eligió Wi-Fi.

La impresora encontró catorce redes. La del piso no estaba entre ellas. A cambio, descubrió el frigorífico, dos auriculares, una pulsera de actividad en el edificio vecino y algo llamado CriaturaDelSótano_5G.

Lena actualizó la lista. Ahora había diecisiete redes. La correcta seguía sin aparecer.

Introdujo el nombre a mano. La contraseña tenía veinte caracteres, entre ellos dos guiones y una mayúscula que parecía una ele minúscula. La impresora mostraba cada carácter durante medio segundo, pero borraba todo el campo cuando Lena llegaba al último.

Al cuarto intento, aceptó la contraseña.

ESTABLECIENDO CONEXIÓN.

La barra azul inició su viaje.

Lena preparó café. Cuando regresó, estaba en el noventa y nueve por ciento. Se bebió el café. La barra no se movió. Abrió la ventana, regó la planta y respondió a un mensaje de Lin que preguntaba si la

nueva impresora ya funcionaba.

Lena escribió: Nos estamos conociendo.

En ese preciso instante, el aparato informó: ZONA HORARIA INCORRECTA.

«El Wi-Fi no tiene zona horaria».

SESIÓN CADUCADA.

Lena dejó la taza. A partir de aquel momento ya no era una instalación. Era investigación.

IV. El controlador

El fabricante ofrecía en su página web un «controlador universal de máximo confort». Ocupaba ochocientos megabytes y, antes de descargarlo, exigía aceptar cuarenta y siete páginas de condiciones. Lena las repasó. El controlador podía gestionar trabajos de impresión, comprobar los niveles de tinta y «mejorar de forma continua la experiencia del producto».

«Tú solo tienes que imprimir una lista de la compra», dijo.

La descarga comenzó. En el noventa y nueve por ciento, se interrumpió.

Lena volvió a descargarlo. Esta vez se instaló primero un programa auxiliar cuya función era comprobar si el controlador podía instalarse. El programa auxiliar necesitaba una actualización. La actualización exigía reiniciar. Después del reinicio, el programa explicó que no era compatible con esa versión del programa auxiliar.

Lena anotó cada paso. Sus notas ocuparon dos páginas. La impresora la observaba con una única luz verde.

A las siete y cuarenta, Lin apareció en la puerta. Llevaba una bolsa de herramientas y la expresión de alguien que esperaba haber sido convocada para presenciar un accidente interesante.

«¿Necesita más memoria?», preguntó.

«Necesita humildad».

Lin se inclinó hacia la pantalla. La impresora mostró de inmediato LISTA.

«Pues tiene buena pinta».

Lena hizo clic en Imprimir.

La impresora mostró SIN CONEXIÓN.

Lin se enderezó muy despacio. «Ah».

«Sí».

Abrieron el administrador de dispositivos. La impresora aparecía tres veces: una como lista, otra como desconocida y otra como «electrodoméstico de cocina». Ninguna de las entradas se podía eliminar porque siempre había otra que afirmaba estar en uso.

Como prueba, Lin le dio un nombre al dispositivo desconocido. El sistema aceptó Impresora_2 y creó al instante Impresora_2 (Copia 1). Lena eliminó la copia. En su lugar apareció Impresora_2 (Copia 2).

«Se está reproduciendo», dijo Lin.

Lena dibujó un pequeño diagrama. Tres recuadros conducían a un cuarto, que marcó con un signo de interrogación. La impresora traqueteó y produjo una página con el mismo diagrama, aunque incluía un quinto recuadro.

Las dos lo contemplaron.

«¿Ha mejorado tu plan?», preguntó Lin.

«Ha documentado otro error».

Lena dejó la página boca abajo sobre la mesa. El quinto recuadro seguía viéndose.

V. La cuenta

El controlador de máximo confort exigió una cuenta de usuario. Sin ella, explicó, la impresora no podía saber a quién pertenecía el papel.

Lena señaló que el papel solía pertenecer a la persona que lo había comprado. El controlador no ofrecía ningún botón de respuesta adecuado.

Introdujo una dirección de correo electrónico. La contraseña debía tener doce caracteres, un número, un carácter especial y «una combinación inesperada». La primera opción de Lena era demasiado previsible. La segunda se parecía a una contraseña anterior que nunca había utilizado. La tercera contenía supuestamente su nombre, aunque lo había escrito al revés.

Lin propuso ImpresoraPorFavor1!

«Esto ya no es una petición», dijo Lena.

Al final, el sistema aceptó una serie de caracteres que parecía la maldición de un matemático agotado. Formuló una pregunta de seguridad: ¿Cuál era el apellido de soltera de su primera mascota?

Lena nunca había tenido una mascota. Escribió NINGUNA.

Respuesta demasiado corta.

Escribió NUNCA TUVE UNA.

La respuesta contiene espacios no permitidos.

Escribió PEZDORADO, aunque era mentira. El sistema le dio una bienvenida personalizada.

La impresora traqueteó y absorbió una hoja. En ella apareció un certificado: BIENVENIDO, PEZ DORADO.

Lin se sentó en el suelo y se rio hasta quedarse sin voz.

Lena añadió la hoja a las pruebas.

VI. La página de prueba

A las ocho y doce consiguieron imprimir una página de prueba. La impresora tomó el papel con una lentitud solemne. Los rodillos giraron. En el interior, algo chasqueó tres veces, como si una pequeña máquina juntara los talones.

Entonces la hoja regresó.

Estaba en blanco.

Sin embargo, la pantalla del portátil mostraba un diagrama de colores y el mensaje PRUEBA REALIZADA CON ÉXITO. Lena sostuvo la hoja vacía contra la luz. Ni una línea tenue. Ni una marca de agua. Ni siquiera una neblina de tinta en la que pudiera reconocerse buena voluntad.

Lin abrió la tapa de los cartuchos. Los dos estaban colocados. Las pequeñas cintas protectoras yacían ordenadamente en la basura. Los contactos estaban limpios.

«Quizá necesite calibrarse», dijo Lin.

Iniciaron la calibración. La impresora produjo seis páginas con ángulos negros, recuadros grises y una serie de líneas que solo se diferenciaban en su disposición a permanecer rectas. Lena debía

seleccionar el mejor patrón cada vez.

Después de la sexta ronda, el aparato imprimió un informe: NO SE PUEDE CALIBRAR. CALIDAD DE IMPRESIÓN DEMASIADO BAJA.

«Eso es obra tuya», dijo Lena.

La impresora expulsó otra página en blanco.

Lin susurró: «Quizá sea muy minimalista».

Lena la miró.

«Voy a preparar café».

VII. La bandeja B

La primera hoja de verdad se atascó.



No de forma visible. Tampoco accesible. Desapareció por completo en el alimentador, tras lo cual la impresora hizo un ruido parecido a un trago satisfecho.

ATASCO DE PAPEL EN LA BANDEJA B, anunció la pantalla.

No existía ninguna bandeja B.

Lena consultó el dibujo del manual. Mostraba la bandeja A, la tapa trasera y una zona gris con la indicación según el modelo. El modelo de su escritorio parecía depender de sí mismo.

Abrió la bandeja A. Vacía. Soltó la tapa trasera. Ninguna hoja. Levantó la cubierta, retiró los cartuchos e iluminó el interior con una linterna. Entre dos rodillos vio una esquina blanca.

Lena metió la mano. La hoja retrocedió.

Giró un rodillo. La hoja apareció al otro lado. Lin volvió a girarlo en sentido contrario. La hoja desapareció de nuevo.

«Conoce nuestra estrategia», dijo Lin con admiración.

Lena fue a buscar unas pinzas. Milímetro a milímetro, sacó el papel. Estaba perfectamente liso. Ni arrugado, ni rasgado, ni siquiera torcido.

En el reverso decía: PÁGINA DE PRUEBA CORRECTA.

Lena la dejó junto al certificado del pez dorado.

«Ahora tenemos un adversario que falsifica informes».

VIII. La noche

A las diez, la casa se volvió más silenciosa. Las puertas se cerraron, en algún lugar corrió agua por las tuberías y desde la habitación de Mina llegó una apagada exigencia de cacao. La lista de la compra seguía existiendo únicamente en el portátil de Lena.

Lin se había quedado dormida sobre la alfombra, con un rollo de papel bajo la cabeza a modo de almohada. Lena estaba sentada ante el escritorio. La luz verde de la impresora se reflejaba en sus gafas.



Había eliminado controladores, instalado controladores, desconectado la red, cambiado el nombre de la red y asignado temporalmente a la impresora una dirección propia. El aparato estaba a la vez listo, sin conexión, ocupado y en un estado denominado reposo manual.

Entonces empezó a imprimir sin que nadie se lo pidiera.

Salió una página. Después una segunda. Después una tercera.

Lena cogió la primera. Mostraba el nivel de tinta: lleno. La segunda mostraba el nivel de papel: suficiente. La tercera informaba de que desde la instalación se habían impreso cero páginas.

La impresora produjo más hojas de estado. Serpentearon por el escritorio, cayeron al suelo y formaron un camino blanco hasta la puerta.

Lena se levantó. «Alto».

La pantalla mostró CANCELANDO TRABAJO.

Siguió imprimiendo.

Lin despertó, vio el río de papel y dijo: «Ah, ahora sí sabe hacerlo».

«Por desgracia, sí».

La corriente blanca llegó al pasillo. Mina abrió su puerta, miró las hojas que rodeaban sus pies y se ciñó la manta con más fuerza alrededor de los hombros.

«¿Es la lista de la compra?»

Lena levantó un informe. «Es el diagnóstico de red».

«¿Salen las galletas?»

«No».

Mina volvió a cerrar la puerta. Poco después se abrió de nuevo y un pesado cojín de sofá aterrizó atravesado sobre el camino de papel. Frenó la corriente durante tres segundos. La siguiente hoja se deslizó por debajo.

Ruby salió de la cocina y dejó una bolsa de rollos de canela sobre la cómoda. «Para el centro de mando».

«No tenemos centro de mando», dijo Lena.

«Entonces para las supervivientes».

La impresora emitió un sonido agudo. Goldie, que había seguido a Ruby, se sentó delante del aparato e inclinó la cabeza. El traqueteo se detuvo. Durante un instante, todas creyeron que la autoridad de una perrita había logrado lo que no habían conseguido ni el software ni los conocimientos técnicos.

Entonces el aparato imprimió una página de estado con un gran símbolo en forma de pata.

Ruby la recogió. «Esta es bonita».

Lena la añadió a la pila de pruebas.

IX. El contraataque

Lena cortó la conexión de red. La impresora siguió imprimiendo. Retiró el cable de datos. Siguió imprimiendo. Vació la bandeja de papel. El aparato sacó una hoja que llevaba una hora bajo el brazo de Lin.

Juntas recogieron las páginas. Algunas tenían diagramas, otras señales de advertencia y algunas solo un punto gris. Una afirmaba que la temperatura de la habitación era emocionalmente inapropiada.

Lena lo ordenó todo cronológicamente. Entre dos informes descubrió una entrada que se repetía: SUMINISTRO ELÉCTRICO LIMITADO.

Volvió a arrodillarse bajo la mesa.

El cable de alimentación conducía a la regleta. La regleta conducía a la pared. Su interruptor rojo estaba en la posición de apagado.

Lena permaneció inmóvil durante unos instantes.

Todo aquel tiempo, la impresora había recibido a través del cable de datos y del portátil la energía justa para iluminarse, protestar y mover papel de vez en cuando. No la suficiente para configurarse correctamente. Cada reinicio solo había sido un desmayo por agotamiento.

Lin se tumbó en el suelo y miró bajo la mesa. «¿Eso está…?»

«No digas nada».

«Solo iba a...»

«Nada».

Lena pulsó el interruptor rojo.

En el interior de la impresora despertó un zumbido profundo y sereno. Los rodillos giraron una vez. La pantalla se iluminó.

LISTA, decía.

Esta vez resultaba creíble.

X. La actualización

La impresora se conectó de inmediato al Wi-Fi. Reconoció el portátil. Reconoció el papel. Incluso reconoció que debía hablar alemán. Durante un delicado instante, pareció que la campaña había terminado.

Entonces apareció: ACTUALIZACIÓN DE FIRMWARE DISPONIBLE. ¿INSTALAR AHORA?

Lena contempló los dos botones, Sí y Más tarde. Más tarde estaba desactivado.

«No», dijo.

La impresora inició la actualización.

La barra de progreso avanzó hasta el noventa y nueve por ciento.

Lena cerró los ojos. Lin le acercó la taza de café sin decir nada. Desde el pasillo ya se asomaban Mina bajo una manta, Ruby con una bolsa de rollos de canela y Nika con su portátil. Nadie preguntó si necesitaba ayuda. Una tampoco entraba en una excavación mientras se estaba desenterrando el hallazgo.

En el noventa y nueve por ciento, la barra se detuvo.

Pasó un minuto. Dos. Cinco.

Entonces saltó al cien.

Tres personas en el pasillo soltaron el aire al mismo tiempo. La impresora se reinició e imprimió una hoja que informaba de que no estaba permitido imprimir durante una actualización.

Lena la dobló una vez con mucho cuidado.

«¿Un recuerdo?», preguntó Ruby.

«Una prueba».

XI. La única página

Era poco después de medianoche cuando Lena abrió la lista de la compra. Seis palabras. Sin imágenes. Sin tablas. Nada que debiera llevar una impresora moderna hasta los límites de su civilización.

Hizo clic en Imprimir.

El aparato guardó silencio.

Todas esperaron. Mina se había sentado en una silla sin quitarse la manta. Ruby sostenía a Goldie en brazos. Nika observaba el tráfico de la red. Lin se arrodillaba junto a la bandeja como una mecánica antes de poner en marcha un motor histórico.

La impresora absorbió una hoja.

Desapareció.

Un chasquido suave. Un zumbido. El olor de la tinta caliente.

Entonces la página apareció en la bandeja de salida.

Arriba decía: Leche.

Debajo: cacao, pan, queso, tomates y galletas de chocolate. Todo recto. Todo legible. Sin certificado, sin advertencia, sin pez dorado.

Lena tomó la hoja con ambas manos. Comprobó los márgenes, el interlineado y que no faltara nada. Después la levantó.

En el pasillo se oyó un aplauso discreto.

Mina contempló la lista. «Las galletas están bien escritas».

«Por supuesto».

«Entonces ha valido la pena».

Lena decidió no investigar aquella afirmación durante la misma noche.

XII. La documentación

A la mañana siguiente, la lista de la compra estaba colgada sobre el escritorio de Lena. A su lado se encontraban la página de prueba correcta, el certificado del pez dorado y el informe sobre las cero páginas impresas. Juntos parecían los diplomas de una pequeña expedición administrada de manera deficiente.

Lena escribió su propio manual. Empezaba con la frase: Compruebe primero el interruptor de la regleta. Debajo había pasos claros, imágenes de verdad y ni una sola expresión como «de la forma habitual».

La impresora funcionó a la perfección. Imprimió la receta de Ruby, un fragmento del código de Nika y, para Mina, un cartel que decía NO LLAMAR - EL SOFÁ ESTÁ PENSANDO. Ningún atasco. Nada de finés. Ninguna bandeja B.

Lin entró aquella tarde y pegó una etiqueta en el aparato: PEZ DORADO.

Lena la miró. «Eso no se queda».

«Por supuesto que no».

Se quedó.

Durante los días siguientes surgieron unas prudentes normas domésticas alrededor de la impresora. Ruby solo cargaba papel con las manos secas. Nika nunca enviaba trabajos desde dos programas a la vez. Mina no imprimía nada por principio, pero cada mañana pedía que le confirmaran que seguía siendo posible.

Lin no tenía permitido añadir sensores.

Lena llevó un pequeño registro. Día uno: tres páginas, sin errores. Día dos: once páginas, sin errores. Día tres: una receta a doble cara, girada limpiamente. La impresora no volvió a mostrar inclinación alguna por los idiomas extranjeros ni por los mensajes de estado filosóficos.

El cuarto día apareció un aviso de que la tinta negra estaba casi agotada. Lena revisó el cartucho. Seguía lleno en tres cuartas partes.

«Puedes preocuparte», le dijo al aparato. «Pero no dramatizar».

El aviso desapareció.

Lena se quedó sentada un momento más frente a la impresora. Sabía que las máquinas no actuaban por comprensión. Aun así, tenía la impresión de que Pez Dorado y ella habían alcanzado una especie de respeto profesional mutuo: el aparato imprimía lo que ella pedía. Lena dejaba la regleta encendida.

Final - Comprar leche

Una semana más tarde, Lena recordó que la lista de la compra nunca se había utilizado. La noche de la instalación, Ruby había traído leche, Mina había vigilado el cacao y Lin se había comido las galletas para comprobar su fecha de conservación.

Lena despegó la hoja de la pared con cuidado. La impresora salió del modo de espera y parpadeó amistosamente.

«Solo una copia», dijo Lena.

Puso la hoja sobre el cristal del escáner y pulsó el botón. El aparato zumbó. Una copia perfecta se deslizó hacia fuera.

Después otra.

Lena levantó el dedo.

La impresora se detuvo.

En la pantalla aparecía: ¿OTRA COPIA?

Esta vez tanto Sí como No se podían seleccionar.

Lena pulsó No. El aparato obedeció.



Cogió la lista de la compra, se puso la chaqueta y caminó hacia la puerta. A su espalda, Pez Dorado permaneció en silencio sobre el escritorio, enchufada, conectada y completamente lista.

Cuando Lena salió de la habitación, la impresora produjo una hoja diminuta.

Solo decía: ESPERE, POR FAVOR.

Lena miró hacia atrás desde la puerta.

La impresora guardó silencio.

«Muy graciosa», dijo, y no pudo evitar sonreír.